

GEOGRAFÍA Y TOPONIMIA DE LANZAROTE Y DE LOS ISLOTES DE SU DEMARCACIÓN

1. Geografía

La isla de Lanzarote tiene 846 km² (885 km² contando con la superficie de los islotes próximos), que representa el 11% del total del archipiélago canario. Está situada entre los 28° y 29° de latitud norte y los 13° y 14° de longitud oeste, siendo la isla más nororiental del archipiélago. Tiene en la actualidad una población aproximada de 130.000 habitantes.

La idea que se tiene de Lanzarote es la de ser un isla de formación reciente, lo que en parte es cierto, debido a las erupciones de los siglos XVIII (de 1730 a 1736) y XIX (en 1824), que afectaron a una tercera parte de su territorio, pero geológicamente, Lanzarote, junto con Fuerteventura, es la isla más antigua del archipiélago, siendo sus partes más viejas los macizos de Famara, al norte, y de Los Ajaches, al sur, calculándose para ellos una antigüedad de 20 millones de años.

Su fisiografía es relativamente sencilla. Entre los dos macizos montañosos señalados, que marcan los dos extremos de la isla, al norte y al sur (y en los que se registran las mayores alturas, de 670 m de las Peñas del Chache, en Famara, y de 608 m de la Atalaya de Femés, en Los Ajaches), se extienden territorios de pequeña altura salpicados de infinidad de pequeños conos volcánicos, con sus correspondientes malpaíses, y entre ellos tierras llanas o ligeramente onduladas que forman vegas y valles de fácil andar.

Muy pocos puntos, aparte los dos señalados, superan los 600 m, y que son: Ermita de las Nieves (608 m), La Corona (609 m), Mña. de Guardilama (603 m); y pocas «alturas» superan los 500 m: Pico Gayo (544 m), Peña la Pequeña (502 m), Pico Redondo (551 m), Mña. de los Helechos (581 m), Ajache Grande (560 m), Mña. Tamia (550 m), Mña. Negra (514 m) y Mñas. del Fuego (510 m); las demás montañas oscilan entre los 300 y los 500 m.s.n.m.: Guanapay (452 m), Mña. Mesa (442 m), Mña. de Faja (449 m), Mña. de Mina (442 m), Mña. Diama (465 m), Mña. Blanca (461 m), Mña. de Tinache (451 m), Mña. Tisalaya (454 m), Caldera Santa Catalina (456 m), Mña. Colorada (m 471), Pico Partido (497 m) y algunas más.

De las montañas de Lanzarote dijo Torriani: «Todas las montañas de esta isla son volcanes nacidos en distintas épocas, porque los cráteres que llevan encima y la materia que se ve que salió de ellos y corrió hacia el mar...» (1978: 288). Y a la abundancia de *valles* y *vegas* corresponde lo que también dijo Torriani: «Entre estos montes [montañas] se hallan campos hermosísimos y muy extensos y llanuras alegres, de gran fertilidad, producidas por las cenizas que antiguamente arrojó el fuego, por las vorágines de los montes, las cuales, podridas por la humedad, producen todos los años infinita cantidad de cebada y de trigo, a 40 y 60 por uno; y lo llevan a vender a España, a Madera y a las demás islas, que no tienen tanta abundancia» (ibid.: 45-46). Y lo mismo se había advertido en *Le canarien*, con anterioridad: «El país es bueno y llano... Hay gran número de fuentes y de aljibes, de pastos y de buenas tierras para cultivo, crece gran cantidad de cebada con la que se hace muy buen pan» (2003: texto G, 145).

2. Sobre el nombre de la isla y de sus habitantes

El propio nombre de la isla, *Lanzarote*, procede, según todos los más prudentes autores, de un antropónimo, de Lancilotto (o Lancelotto o Lancelot) Malocello (o Malucello o Malosiel), traficante genovés que habría llegado a la isla entre 1320 y 1340 (otros creen que entre 1312 y 1332) con

propósitos comerciales, que permaneció en la isla unos 20 años, que levantó una torre de piedra que aún subsistía en los años de la conquista bethencouriana (Cabrera Pérez *et alii* 1999: 291-295) y que finalmente sería expulsado o muerto por los aborígenes¹. De2 ello se hacen cuenta los capellanes Boutier y Le Verrier en *Le canarien*, quienes al llegar a la isla en 1402 se encontraron «un viejo castillo que, según dicen, había hecho Lancelot Maloysel, cuando conquistó el país» (2003: texto G, 57). Las aventuras del genovés serían difundidas entre los navegantes que por aquellos años arribaban a las islas, y así empezaron a llamar a Titerroygatra, o como se dijera en lengua guanche, «la isla de Lanzeloto». Eso explica, por ejemplo, que en el mapa de Angelino Dulcert (1339), uno de los primeros portulanos en que se dibujan las Islas Canarias en su posición geográfica más o menos real, la de Lanzarote lleve el nombre del genovés: *insula de Lanzarotus Marocolus* (sic). Y ese fue el nombre que, con múltiples variantes, se impuso en toda la cartografía posterior: *Lancelot*, *Lancelotto*, *Lancilotto*, *Lañarote*, hasta el *Lanzarote* inequívoco actual (pronunciado por los isleños, eso sí, /lansaróte/, y de ello dejan constancia varios autores que arribaron a la isla en muy distintos tiempos y escribieron sus nombres principales: *Lañarote* es como aparece en las cartografías de Íñigo de Briçuela/Casola y de P.A. del Castillo, por ejemplo.

Y sin embargo, otras varias etimologías disparatadas se le han asignado al nombre actual de la isla, asociadas a su conquista franconormanda. La primera de ellas se debe al gran humanista Antonio de Nebrija, quien se ocupó de no pocas cuestiones relacionadas con las Canarias en su famosa obra *Décadas*. Pues en un pasaje del cap. II explica que el nombre de Lanzarote procede de *Lanza-rotu* por habersele roto la lanza a Jean de Bethencourt en el momento de saltar a tierra para su conquista. Y así se repite en autores como Torriani y Abreu..., hasta Viera. Y son estos mismos historiadores quienes consideran otra etimología no menos disparatada, la de que *Lanzarote* deriva de la expresión *lance l'eau*, que significa 'echa el agua', y que sería la gozosa expresión que los franceses dijeron cuando avistaron sus tierras. Abreu Galindo tiene como más cierta la causa de *Lanceloto*, pero deja constancia también de la etimología de Nebrija y una variante de la versión normanda. Dice:

Algunos cuentan que, cuando llegaron a ver tierra, por el contento que tomaron, comenzaron a decir en lengua francesa: —*Lansrot*, *Lansrot*, que quiere decir: —*Echa y bebamos*; y los españoles entendían ser aquél su nombre (Abreu 1977: 52-53).

Una tercera etimología (o nombre antiguo, más bien) considera el propio Abreu, extravagante por demás, la que arranca de Plinio y que considera que las dos islas de Lanzarote y Fuerteventura fueron antes una sola y que recibió el nombre de *Capraria*, no porque en ellas hubiera cabras, sino porque *caprea* quiere decir 'lince'. «Y así —sigue Abreu— como este animal es de larga vista, estas dos islas, siendo una, tenían mucho que ver, y por su largueza, respecto de las demás, llamaron deste nombre» (ibid.: 54).

Finalmente, una cuarta explicación se ha querido dar, tan disparatada como las dos anteriores, pero ésta moderna, y venida de alguien que era filólogo de profesión, lo que agrava más aún el disparate: dice Sebastián Sosa Barroso (2001: 17) que el nombre de *Lanzarote* no deriva ni del Lancelotto genovés ni de la *Lanza-rotu* de Nebrija, sino de *Isla Cerote* > *La cerote*, siendo el *cerote* el jugo de la tabaiba.

Tal cúmulo de entuertos encadenados no merita ni que se deshagan, sólo contarlos como cosa ingeniosa e ignorarlos. Estos son ejemplos, como tantísimos otros, del «ejercicio de entretenimiento» en

¹ Otros, desde una posición más novelesca (entre ellos, Agustín Espinosa en su novela *Lancelot*) atribuyen el nombre de *Lanzarote* a Lancelot o Lanzarote del Lago, caballero principal de la corte del rey Arturo, cuyos amores adúlteros con la reina Ginebra le hicieron indigno de conquistar el Santo Grial.

que se convierten muchas veces las explicaciones etimológicas. Como las que siguen al supuesto nombre guanche que tuvo la isla.

¿Pero cuál fue el nombre que la isla tenía en la época guanche? Si hemos de hacer caso a *Le canarien*, que es el primer texto que se detiene por extenso en ella, los aborígenes la llamaban en su lengua *Tyterogaka* (texto G, 142) o *Tytheroygatra* (texto B, 348). Las explicaciones que se han querido dar a esas dos formas por parte de quienes se han ocupado de traducir la lengua guanche son tan dispares como disparatadas, a base de descomponer la palabra en cuantos elementos o formantes convenía para sus caprichosas hipótesis. Como Gómez Escudero dice que a Lanzarote la llamaban *Tite*, Marín y Cubas asentó que *tite* era el nombre de una tribu africana entre Mazagán y Mármora, en el cabo de Cantín (1993: 251), lo que explicaría el origen de los de Lanzarote; Viera y Clavijo descompuso el nombre en tres segmentos: *Tite-roy-gatra* (1982: I, 67), sin ofrecer nunca su significado; Marcy le propuso un origen del tuareg *taterogaget* con el significado de 'la que está quemada' o 'la ardiente', lo que visto desde hoy parece muy convincente, pero no en la época en que fue habitada por los «majos», en que faltaban 18 siglos para que surgieran las montañas «del fuego»; Vycichl cree que la voz *Lanzarote* es una españolización de la voz aborígen (procedente del bereber) *anzar*, que significa 'lluvia', nombre que sería no sólo inmotivado sino totalmente contrario a la condición de la isla; Wölfel lo pone en relación con la expresión bereber *atte regga*, que significa 'hombre, buen corredor', en nada aplicable a Lanzarote; y Álvarez Delgado propone descomponer el vocablo en *tí-terog-akaet*, que significaría 'montaña colorada', en referencia expresa al topónimo actual de *Las Coloradas*, lugar en que desembarcaron los normandos y que llamaron *Rubicón*. El caso es que de aquel extraño nombre guanche nada queda en la toponimia de Lanzarote. Bueno, sí: a un barrio de Arrecife llamado desde el comienzo *Santa Coloma* se le ha puesto modernamente el nombre de *Titerroy*, en recuerdo del supuesto nombre primitivo de la isla; pero ese es un neologismo nada tradicional.

Otro nombre guanche se ha asignado a Lanzarote, el de *Toicusa* o *Torcusa*³, que según parece era el que le daban los «majos» de Fuerteventura. Es decir, que la isla de Lanzarote tenía dos nombres, bien fuera llamada por sus propios habitantes (*Titeroygatra*, según *Le Canarien*) o por los pobladores de Fuerteventura (*Toicusa* o *Torcusa*). Pero este supuesto segundo nombre no tiene fuente fiable: Berthelot (1978: 138, nota 239), como tantas otras veces, lo atribuye erróneamente (mejor sería decir falsamente en esta ocasión) a Abreu Galindo. Pero Abreu nada dice a este respecto. Millares Torres (1977: I, 177) atribuye este nombre de *Toicusa* a una obra inédita de Marín y Cubas, y nos informa que eran los naturales los que llamaban así a la isla. Wölfel (1996: 716) cree que se trata de una mala lectura de *Teguise*. Y sin embargo, Marcy (1962: 261-264) lo traduce como 'la ardiente, la que está caliente', lo mismo que había traducido antes *Titeroygatra*.

¿Y cómo se llamó a Lanzarote en la época romana y en latín? Aquí la confusión es tanta o mayor que en lo anterior. Torriani cree que debe corresponder con la *Planaria* de Plinio, por la falta de alturas que tiene, o con la *Pluvialia*, por la ausencia de otras aguas que las de lluvia, mientras que Abreu Galindo cree que Lanzarote y Fuerteventura eran en la antigüedad una sola y que se llamaba *Capraria*, no porque en ellas hubiera cabras, sino porque significando la voz *caprea* 'lince', estas dos islas unidas tenían mucha largura, tanta como la vista de los lince⁴, como ya hemos comentado. También se le ha asociado a

³ Y este es el nombre que tomó la Fundación César Manrique de Lanzarote para una de las colecciones de sus publicaciones. Precisamente en la que se publica este libro.

⁴ La cuestión de las etimologías dadas a la onomástica de las islas, tanto sea de la época mítica, como de la latina y de la época guanche, y aun de la

Lanzarote y sus islotes, junto a Fuerteventura, con el nombre de *Purpurarias*, por el tinte de color púrpura que de ellas se extraía.

Otras denominaciones tiene en la actualidad Lanzarote, vinculadas sobre todo a la promoción turística de la isla en el exterior, tales como *Isla de los Volcanes*, *Isla del Fuego* o *Isla Mítica*, tres nombres que bien se ajustan a su geografía y a su historia.

Algo diremos ahora sobre el gentilicio de los de Lanzarote. Dice Torriani (1978: 37) que los antiguos llamaron a la isla *Maob*, de donde los naturales se dijeron *maboreros*; y, un poco más adelante (pág. 41), que por zapatos llevaban un pedazo de cuero de cabra que llamaban *maobs*. Abreu, por su parte, atribuye el nombre de *majoreros* tanto a los naturales de Lanzarote como a los de Fuerteventura (1977: 54). De ahí que el nombre actual que desde la investigación histórica se da a los guanches de Lanzarote sea el de *majos* (por ejemplo, Cabrera Pérez *et alii* 1999, que lo ponen en el título de su obra). Pero esa denominación no es en absoluto popular: el gentilicio de los de Lanzarote es en la actualidad el de *lanzaroteños* o (dentro de las islas) el de *conejeros*⁵, reservándose el de *majoreros* sólo para los de Fuerteventura. El término *majo*, siendo de origen guanche, ha pervivido, sí, en el habla popular de Canarias, pero sólo en la isla de El Hierro, y allí, justamente, con la significación que ya le asignaba Torriani: *majos* llaman los pastores herreños al rústico calzado (especie de abarcas) que ellos mismos usaron hasta tiempos recientes, siendo primero de cuero de ovejas o cabras y después de gomas de camiones (Trapero 1999: 123-124)⁶. Por el contrario, desde la «erudición» escrita, al término *majo* se le han buscado y atribuido las más dispares (y caprichosas) etimologías: Álvarez Delgado lo transcribe como *masos*, *masyos*, *mazos* y *mabyos* y lo interpreta como 'gentes de tiempos antiguos', a la vez que lo relaciona con la denominación del sol que los guanches de Tenerife llamaban *Magee*; Marcy (1962: 277-283) emparenta a los *majos* de Lanzarote y de Fuerteventura con alguna tribu *mabor* magrebí, de donde procedería también el término *mauro*; y Cabrera Pérez, Perera Betancor y Tejera Gaspar explican el término *majo* como un etnónimo de origen y desde una óptica mítica: «Los *majos* o 'encantados' —dicen— acuden en forma de nubes sobre el mar desde el este, por acompañar al sol en su ciclo diario... ¿Es casual el hecho de que los aborígenes de Lanzarote y Fuerteventura adorasen al sol naciente en relación al culto de los antepasados?» (todo ello en Cabrera Pérez *et alii* 1999: 72-74). Finalmente, Gaspar Frutuoso (1964: 97), el clérigo açoriniano que escribió sobre las «islas de Canaria» a finales del siglo XVI, dice que el

europea, no deja de suponer un ejercicio de divertido acertijero, como hemos podido ver en el caso de Lanzarote, cada cual más sorprendente, cada cual más «original», todos divertidos.

⁵ Dicen que por la gran cantidad de conejos que había en la isla. Según relata Viera y Clavijo, fue el segundo Adelantado don Pedro de Lugo quien los introdujo en las islas. «Y en la de Lanzarote -sigue diciendo Viera- se apoderaron del país de tal manera que se ha solido dar a los naturales el nombre de *conejeros*» (1982b: 133).

⁶ También los pastores de Lanzarote han usado hasta hoy un calzado en todo parecido a los *majos* herreños: una especie de sandalias muy rudimentarias, con suela de cuero (generalmente de piel de camello) y unas finas cintas del mismo material para atarlas en el pie; en tiempos modernos se sustituyó el suelo de cuero por la goma de las ruedas de coches. Pero a este calzado llaman en Lanzarote (lo mismo que antiguamente en Fuerteventura, donde hoy ya es desusado) *soletas*, nunca *majos*.

término *majoreiro* se aplicaba tanto a los de Fuerteventura como a los de Lanzarote, y que dicho término quería decir 'criadores de ganado'; claro que las informaciones que Frutuoso tiene sobre las islas, y sobre todo de estas dos, son tan confusas y erróneas que nos merecen tanto crédito como las otras interpretaciones.

Repetimos que el término *majo* no es en absoluto de uso común en Lanzarote, y que popularmente se desconoce la asociación de los naturales aborígenes con esa palabra⁷; al contrario, a los aborígenes de Lanzarote, como a los de todas las islas (y no sólo a los de Tenerife), se les llamó *guanches*, y así sigue reconociéndose en la tradición oral de hoy en día⁸. Una prueba irrefutable de la pertenencia del término *guanche* a la lengua de Lanzarote (como a la de todas las demás islas) y, por tanto, de su referencia a los nativos aborígenes (de cada una de ellas), es la pervivencia del término *guanche* y variantes léxicas en su toponimia. En el minucioso estudio que nosotros dedicamos al asunto (Trapero y Llamas 1998: especialmente 140-147), dábamos cuenta de hasta siete topónimos que en Lanzarote llevaban dicho término, según la información que por entonces nos había proporcionado Agustín Pallarés, profundo conocedor de la toponimia de Lanzarote, y que se concentraban especialmente en la zona este del municipio de Haría (en los malpaíses del Volcán de la Corona) y en las cumbres de la zona de Femés. Ahora podemos precisar en este *corpus toponymicum* de Lanzarote el número exacto de topónimos que llevan el término *Guanche* y la ubicación geográfica exacta de cada uno de ellos:

topónimo	mun.	mapa
Casas de los Guanches	HA	10.26
Casas de los Guanches	HA	10.8
Cueva de los Guanches	HA	10.26
Guanche, El	YA	13.44
Lajío de los Guanches	HA	10.27
Peña del Guanche	YA	13.27
Pico el Guanche	YA	13.43

⁷ Así es, en efecto, en la actualidad. Sin embargo, en el tiempo en que Verneau visitó la isla, a finales del siglo XIX, la palabra seguía viva y con la misma significación que aún tiene en la isla de El Hierro, la de 'calzado rústico de piel'. Así describe Verneau el vestido del campesino lanzaroteño: «Su vestido es muy somero: una camisa, unos calzones, la *faja*, largo cinturón con el que rodean varias veces el talle, un chaleco sin mangas, zapatos de piel de cabra con el pelo hacia fuera y que llaman todavía *mahos*, es todo el vestuario» (1981: 139).

⁸ Así nos lo confirmaron varios de nuestros informantes, preguntándoles expresamente por esta cuestión, entre ellos, los hermanos Niz, de Máguez, y José Reyes Figuera, de Femés.

Aunque cierto es también que pervive en la toponimia de Lanzarote el término *Majo*, sin duda con la referencia a los aborígenes, pero con una ocurrencia un poco menor que *Guanche* y habiéndose perdido del habla común y popular de la isla.

topónimo	mun.	mapa
Casita de los Majos	HA	10.104
Cortijo el Majo	TE	9.148
Cueva de los Majos	TE	7.75
Cueva de los Majos	TE	7.149
Guardia de Majo, El	TI	12.85
Majo, El	TE	9.131

3. Los «Islotes» de Lanzarote (Archipiélago Chinijo)

Nombre	Superficie	Altura máxima
La Graciosa	27 km ₂	266 m
Alegranza	10 km ₂	289 m
Montaña Clara	1 km ₂	256 m
Roque del Este	0,7 km ₂	84 m
Roque del Oeste	0,6 km ₂	41 m

A la demarcación de Lanzarote se le ha asignado desde siempre el conjunto de *islas, islotes y roques* que se sitúan en su parte norte. Con estos apelativos denomina Viera y Clavijo (1982a: I, 17-19) al conjunto, estando constituido, según él, por una «isla»: La Graciosa, dos «islotes»: Alegranza y Montaña Clara, y dos «roques»: Roque del Este y Roque del Oeste. Excepto La Graciosa, que tiene una población estable desde finales del siglo XIX, son «tierras todas —dice Viera en otro lugar (1982b: *Islotes*)— montuosas, áridas y desiertas». Y especifica a continuación: «En la Alegranza se coge orchilla; en la Graciosa pastan los ganados durante el invierno; en Montaña Clara se buscan los mejores pájaros canarios; en la isla de Lobos se hacía antiguamente la pesca de las bestias marinas de este nombre; y en todas se encuentran huevos de tortugas, mariscos, conchas, etc.». Debe decirse que, en la actualidad, la isla de Lobos, también despoblada, se incluye en la demarcación de Fuerteventura.

Hablaremos seguidamente de cada una de ellas, pero antes diremos que no ha habido nunca una denominación específica para este conjunto de uso general. Quizás la más usada haya sido la de *Los Islotes*⁹. Sólo modernamente se le ha empezado a llamar *Archipiélago Chinijo*, repetimos, modernamente, desde aproximadamente la década de los ochenta del siglo XX, y así empieza a usarse en geografías locales, mapas turísticos, ensayos periodísticos divulgativos y otras publicaciones. Pero tal denominación fue implantada desde el exterior de la isla y desde la «erudición», sin que hasta la actualidad se haya hecho popular entre los naturales lanzaroteños y ni siquiera se haya aceptado. Y sin embargo, la palabra *chinijo* pertenece por entero y en exclusiva al léxico popular de Lanzarote: significa 'pequeño' (derivado probablemente, por síncope, de *chiquinajo*) y se aplica casi con exclusividad a los niños, con un sentido muy cariñoso. De ahí que, metafóricamente, el término haya pasado a la geografía para nombrar al 'archipiélago pequeño' del norte de Lanzarote.

⁹ *Isletas* es como las llama Hernández-Pacheco en su libro *Por los campos de lava* (2002), ya desde el título: «Relatos de una expedición científica a Lanzarote y a las Isletas canarias».

De la presencia de estas islas «menores» en la historiografía y cartografía primitiva, cabe decir que *La Graciosa* aparece, por lo general, en todos los registros, desde *Le canarien* (que es a la única que cita, junto a Lobos); *Alegranza* y *Montaña Clara* aparecen también de continuo, desde Torriani y Abreu Galindo, en todos los registros del siglo XVI y siguientes; *Roque del Este* aparece por vez primera en los mapas de Íñigo de Briçuela y Próspero Casola (1635) y de P.A. del Castillo (1686); y *Roque del Oeste* sólo desde la cartografía de Antonio Riviere (1741), allí con el nombre de *Roquete*. No obstante, salvo *La Graciosa*, estos «islotos» constituyen el territorio menos conocido de las Islas Canarias, no sólo por los visitantes foráneos, sino por los propios canarios.

Sobre la soledad y el silencio en que viven estos islotes, y sobre el desconocimiento general que de ellos se tiene, escribió Dulce María Loynaz unas bellísimas líneas:

Sólo el viento las ronda día y noche. Sólo el viento se acerca a ellas, pasa por ellas, penetra en su quemada soledad. El viento es, en verdad, el único habitante de su suelo, porque éstas son las islas Desiertas, las Cenicientas del Archipiélago. Cenicientas por la preterición y hasta por la ceniza. Los barcos huyen de sus costas, los niños olvidan pronto sus nombres aprendidos en la escuela, y hasta las plagas de langostas, cuando vienen de África, pasan de largo sobre los manchones que ellas proyectan sobre el agua. Son hermanas de las Afortunadas, pero ellas no lo son: como frutos de oscura bastardía, estas islas carecen de todo cuanto es gracia, ternura y abundancia en las demás... Alegranza, Graciosa, Isla de Lobos, Montaña Clara, Roque del Este y Roque del Oeste son nombres que se ciñen a sus peñas cual coronas de flores a las sienas de las doncellas muertas (1992: 172-173).

Un lugar hay en la isla de Lanzarote que ofrece una soberbia panorámica sobre el conjunto de este archipiélago menor: en la parte noroeste, desde las cumbres de El Risco de Famara. Hoy es posible hacerlo desde el Mirador del Río, un lugar acondicionado por César Manrique, que se ha convertido en una de las visitas turísticas imprescindibles de la isla. Si se le llama «del Río» lo es un poco impropriamente, pues no es ése un atributo del mirador ni es tampoco su objetivo: «El Río» a que se refiere es el canal que separa la isla de Lanzarote de *La Graciosa*, pero la panorámica a la que se dirige el mirador es al conjunto de los islotes, eso sí, enmarcados todos por el mismo mar. Merece la pena leer la impresión que aquella vista de los Islotes causó a una famosa viajera que recorrió las islas a finales del siglo XIX, la inglesa Olivia Stone, cuando todavía no había en Lanzarote «miradores», pero sí la misma panorámica que ahora se puede contemplar:

Rara vez he visto algo más bello que estas escarpadas rocas de color gris, rojo y pardo, rodeadas de azul. Si se las observa por separado, no hay nada en estas islas, desnudas y sin árboles, que suscite admiración, pero lo que les da su belleza hay que verlo para admirarlo. Es el maravilloso colorido, el cielo azul con nubes aborregadas, y estos islotes escarpados, de vivos colores y desiertos, engarzados como piedras preciosas en un mar turquesa (Stone 1995: 315).

3.1. La Graciosa

La Graciosa está separada de Lanzarote por un estrecho de un kilómetro de ancho y de escasos metros de profundidad, denominado *El Río*. La isla tiene 27'24 km² y una altura máxima de 266 m en Las Agujas Grandes. En descripción de Torriani, *La Graciosa* «en la parte de Levante tiene tres montañas muy hermosas, iguales y muy parecidas [Montaña Bermeja, Montaña del Mojón y Montaña de las Agujas], y en la parte del Poniente hay otra no menos hermosa y agradable [Montaña Amarilla]» (1978: 33-34). A estos cuatro accidentes geográficos principales de la isla, hay que añadir una playa de las Conchas, así llamada por estar constituida de una acumulación de cáscaras de moluscos *Helix*, que al caminar sobre ellas producen un crujido especial al romperse.

Como decimos, la isla de La Graciosa aparece citada en todos los textos históricos, desde *Le canarien*, y en muchos de los cartulanos primitivos, desde el del mallorquín Abraham Cresques, en 1375. En *Le canarien* se cita de continuo, pues los normandos la utilizaron como desembarcadero. La aparición del topónimo con artículo o sin él es bastante aleatorio, lo mismo que su escritura, afectada en muchas ocasiones por el fenómeno del seseo: así, Briçuela y Próspero Casola escriben *Grasiosa*, mientras que P.A. del Castillo lo hace *Grasioça*. En la actualidad, se escribe y se nombra siempre con el artículo, y se escribe siempre con *c*, conforme a la etimología del castellano, aunque en Canarias se pronuncie con /s/, según la norma dialectal isleña.

En impresión de Torriani, que además la dibuja desde la playa de Famara, La Graciosa «aparece graciosísima a la vista, tanto por la forma como por el sitio en que está, y por esto fue nombrada así por Letancur» (1978: 33). Nada encontramos en las crónicas de la conquista bethencouriana que justifique esta etimología (mejor «motivación designativa») del ingeniero italiano, pero nada obsta de que así fuera, pues, efectivamente, el aspecto con que aparece La Graciosa, desde cualquier lugar que se la mire, pero más desde Lanzarote, es siempre agradable y amable, amarilla y dorada, fácil y hermosa, graciosa, al fin: una isla «bien bautizada». No es ajeno a este nombre el hecho de que en otros muchos archipiélagos del mundo haya islas con igual o similar denominación (como en el archipiélago de Açores). Y se extiende Torriani en su descripción y en el uso que de la isla hacen tanto los de Lanzarote como los piratas que allegan a ella, por su fácil arribo y quieta navegación. «Este islote —dice— no tiene ni agua, ni árboles, ni animales salvajes (como escribió Plinio), sino solamente conejos que pusieron en ella los cristianos, como también en las otras dos [Alegranza y Montaña Clara]. Algunas veces los lanzaroteños dejan en ella las cabras y las ovejas, y, cuando se multiplican, las vuelven a recoger y las venden en Tenerife o Gran Canaria» (ibid.: 35). Y sigue después con dos párrafos dedicados a las pardelas, aves de las que los lanzaroteños se sirven para múltiples fines. Finalmente, teniendo La Graciosa tan agradable espacio, cree Torriani que es allí donde Torcuato Tasso ubicó el lugar en que Rinaldo aparece encantado por Armida.

La isla no se pobló, de manera estable y fija, hasta finales del XIX o principios del XX, con gentes lanzaroteñas procedentes fundamentalmente de la costa de Teguiise o de Haría, según la tradición, con el proyecto de instalar en ella una factoría de salazón y derivados vinculados al banco pesquero canario-sahariano¹⁰. Aquel proyecto nunca llegó a ejecutarse del todo, pero los primeros pobladores que se quedaron en la isla trajeron a sus familias y formaron un poblado en la caleta más próxima a la isla de Lanzarote, Caleta del Sebo, el único núcleo de población que ha tenido La Graciosa, aunque modernamente empieza un segundo núcleo en Pedro Barba, éste constituido por residencias turísticas o familiares más temporales que permanentes. La actividad única de los gracioseros es la pesca. Y su población total no sobrepasa los 500 habitantes. Sin embargo, tal como se desprende del informe de

¹⁰ Sobre este primer «poblamiento», contamos con un testimonio de la época: el de la viajera inglesa Olivia Stone, que por aquellos años visitaba las islas, y vio desde El Risco de Famara las primeras casas que se habían levantado en La Graciosa. Dice: «Algunas casas blancas en la playa de Graciosa, justo frente a nosotros, señalan la fábrica de salazón de pescado que allí hubo» (1995: 315). Sin embargo, Agustín Pallarés ha indagado en este tema, hablando con los descendientes de los primeros pobladores, y ha deducido que este poblamiento fue posterior al cierre de la factoría «Pesquerías Canario-Africanas», que así se llamaba (aunque en la memoria popular se recuerda como «La Sociedad», convertida incluso en topónimo gracioso), ocurrida en 1884, y que quienes decidieron quedarse a vivir de manera permanente en la islita fueron cuatro matrimonios de Arrieta que por su condición de pescadores frecuentaban aquellos lugares. Eso debió ocurrir en la segunda mitad de la década de los 80 del siglo XIX.

Torriani, la isla de La Graciosa ha sido un territorio usado y explotado desde siempre, razón por la que es tan rica su toponimia, pudiéndose decir que la isla está tan «toponomizada» como cualquier otro espacio de Lanzarote.

Una característica toponímica de La Graciosa y del resto de los «islotos» es la ausencia que tienen de nombres guanches, para señalar que fueron territorios nunca pisados por los aborígenes. Las únicas excepciones que pueden citarse son la presencia de *Dise* en La Graciosa, de *Jameo* y *Mosegue* en Alegranza y de *Tabaibita* y *Tefíos* en Montaña Clara, pero es seguro que tales términos se implantaron en ellas en época hispánica y no guanche, una vez que se convirtieron en apelativos de uso común en el español hablado en Lanzarote.

3.2. Montaña Clara

Montaña Clara está situada al norte de La Graciosa, quedando separadas ambas por un canal de menos de 2 km de ancho y de menos de 20 m de profundidad, denominado *Río de Montaña Clara*. Tiene 1'12 km² y una altura máxima de 256 m en La Caldera, siendo sus paredes sumamente acantiladas. No hay hoy en ella, ni nunca la ha habido, actividad humana permanente, pero en su parte sur corría en siglos pasados un barranquillo que mantenía una densa maleza en la que vivía una colonia de pájaros canarios, cuya captura fue de objeto comercial. Esta noticia de los canarios hizo célebre a Montaña Clara, según llegó al conocimiento del gran naturalista Alejandro Humboldt, quien lo registra en los apuntes de su tránsito por las Islas camino de las regiones equinociales del Nuevo Continente (1995: 76). También mantiene cabras la isla —sigue diciendo Humboldt—, «lo que prueba que el interior de este islote es menos árido que las costas que observamos» (ibid.: 76).

El nombre de este islote sí ha tenido variación al cabo de la historia. Todas las referencias antiguas a esta isla, ya sean cartográficas o de textos históricos, hasta el siglo XVIII, lo hacen con el nombre de *Santa Clara*, así los textos en las historias de Torriani y de Abreu, y de las cartografías de Valentim Fernandes (1506), de Íñigo de Briçuela y Próspero Casola (1635) y de P.A. del Castillo (1689). Es a partir de la cartografía de Riviere (1740-1743) y de la *Historia* de Viera desde que se normaliza su nombre como *Montaña Clara*. Con más precisión: es Viera y Clavijo quien atestigua el intermedio de las dos denominaciones, pues dice que se llama de las dos maneras: *Montaña Clara* o *Santa Clara* (1982a: I, 52). Como prueba concluyente, puede traerse el testimonio de Antonio Porlier y Sopranis, quien en una «Disertación histórica» sobre los antiguos pobladores de Canarias, leída en la Real Academia de la Historia de Madrid en 1753, la cita aún como *Sta. Clara*. Y todavía a fines del siglo XIX, Olivia Stone, en el relato de su viaje a Lanzarote, cita a la isla como «Santa (o Montaña) Clara» (1995: 313), seguramente por utilizar dos fuentes distintas de información: una cartografía antigua que la nombraría «Santa», y la tradición oral que la llamaba ya «Montaña».

Nos podemos preguntar: ¿cuándo y por qué cambió de nombre? Y antes, ¿en efecto cambió de nombre o el primero de ellos, el de *Santa*, no fue sino una noticia espuria que, por mala lectura, se transmitió en la escritura? En la escritura decimos, y no en la oralidad, pues es difícil de explicar (y, desde luego, va en contra de las «leyes» de la toponomástica) ese cambio de denominación en un territorio meramente referencial, al margen de toda utilización antrópica, al menos en aquellos tiempos. Puede que el nombre de *Santa Clara* se lo dieran los primeros viajeros europeos (posiblemente italianos) que se acercaron a sus costas en el siglo XIV, bien por advocación a la santa italiana, compañera de San Francisco, fundadora de las clarisas, y cuya popularidad estaba por entonces en el cénit, al haber sido canonizada poco antes, bien porque así se llamara uno de los barcos en que viajaban. Y que el cambio de nombre que sufrió se debiera a una motivación geográfica. Desde luego, el nombre de *Montaña Clara* se ajusta bien a lo que los ojos ven cuando miran aquel islote, que no es sino un puro volcán de 256 m de

altura, eso sí, del color amarillento y claro de sus tobas. Precisamente ese aspecto visual es el que debió estar en el origen de su denominación, que Torriani y Abreu ponen en labios de la expedición de Bethencourt (y que nosotros no encontramos en *Le canarien*). De nuevo Torriani vuelve a citar unos versos de Torcuato Tasso, esta vez de la *Jerusalén liberada*, para ilustrar esta visión de la Montaña Clara (1978: 33).

3.3. Alegranza

La isla de Alegranza es la más septentrional de todo el archipiélago canario y la primera que divisaban los barcos que procedían de España. Su distancia de La Graciosa es de unos 10 km; tiene 11'72 km² y una altura máxima de 295 m en La Caldera.

Dicen Torriani y Abreu Galindo (éste por más extenso) que el nombre de *Alegranza* se lo dieron los franceses de la expedición bethencouriana cuando, al avistarla en su viaje de conquista, empezaron a dar voces «por dar contento a los castellanos, que venían mareados», diciendo en lengua francesa «*alegranze, alegranzel*», y que por repetir muchas veces este nombre con él se quedó. Puede ser; nada hay, que sepamos, que se oponga en coherencia con las leyes de la toponomástica a esta anécdota nominadora; más aún, varias de las islas de Canarias tienen el nombre que tienen por el aspecto primero que ofrecieron a quienes las bautizaron: así *Graciosa, Montaña Clara, Fuerteventura, Alegranza*¹¹ y posiblemente *Hierro*. Incluso muchas islas del ancho mundo tienen denominaciones paralelas a estas de Canarias. Pero existe otra posible explicación, más convincente en este caso. Se sabe que los Hermanos Vivaldi, genoveses de nacimiento, visitaron las islas a finales del siglo XIII, y que estuvieron en Lanzarote; no dejaron testimonios escritos de su viaje, pues se perdieron sin saber su paradero, mas se sabe que una de las dos galeras en que salieron de Génova en 1291 se llamaba *Allegranza*. (Pellegrini 1995: 116; también Mederos y Escribano 2002: 59) ¿No será este el origen del nombre del islote? Tendría, en este caso, un origen paralelo al nombre que le asignaron al islote de *Santa Clara*.

La denominación que siempre ha tenido es la que ha llegado hasta hoy, *Alegranza*, sin artículo, aunque escrita en los tiempos antiguos con algún signo indicativo del seseo con que se pronuncia en Canarias: *Alegrança* se escribe en los mapas de Briçuela/Casola y de P.A. del Castillo.

La describe Torriani de la manera siguiente: «Tiene forma triangular, con dos lados iguales y el tercero más corto. Hacia Poniente se eleva una alta montaña, que en otro tiempo fue volcán; el cual en la parte del Levante derrama por grandísima voráGINE torrentes de piedras, que en otros tiempos, todavía líquidas, corrieron hacia abajo, en dirección del mar» (1978: 32). Por su parte, el gran geólogo canario Telesforo Bravo la veía desde La Graciosa como «un gran cetáceo navegando hacia el poniente» (1993: 197).

En la detenida visita que a comienzos del siglo XX hizo a ella el geólogo Hernández-Pacheco (2002: 292) dice que en los años lluviosos la única familia que habitaba la isla como «colono», además del torrero, cultivaba cereales, aparte el sostenimiento de un rebaño de cabras, pero que el principal «negocio» era para él la caza de pardelas, de la que en algunos años llegaba a recoger más de 12.000. En efecto, muchos de los topónimos de la Alegranza reflejan el uso que la isla tuvo en otros tiempos por parte del hombre: agricultura (sembradurías, eras..), pesca, faro, refugios de piratas... La abundancia de

¹¹ Una explicación paralela sobre el nombre de Alegranza llegó al conocimiento de Alejandro Humboldt: «El nombre de Alegranza -dice Humboldt- se ha construido por el de *La Joyeuse*, que a esta tierra dieron los primeros conquistadores de las Canarias, dos barones normandos, Jean de Bethencourt y Gadifer de la Salle» (1995: 76).

topónimos que hemos podido reunir de esta isla (nada menos que 178, más incluso que de La Graciosa) se debe, en parte, a la descripción minuciosa que de ella nos ha hecho Agustín Pallarés, quien la conoce «como la palma de su mano», por haber vivido largos años en ella como «farista o torrasta» (Oficial de Señales Marítimas).

La isla es hoy de propiedad privada, como siempre lo fue desde la conquista del archipiélago, pasando desde Jean de Bethencourt a todos los Señores de Lanzarote (los Peraza, los Herrera...), hasta llegar en la actualidad a la familia lanzaroteña de los Jordán, aunque está limitada toda actividad dentro de ella por ser «espacio natural protegido», declarado por el Gobierno de Canarias en 1986, e incorporado a la Red de Espacios Naturales de España, por lo que incluso para su arribo ha de contarse con una autorización expresa del Gobierno de Canarias o del Cabildo de Lanzarote.

Una descripción hace Hernández-Pacheco del panorama que desde el punto más alto del islote (La Caldera) se divisa, y que por su belleza merece reproducirse aquí. Dice:

La impresión que produce este gran cráter, de aspecto tan regular, de color ceniciento y de dimensiones tan grandes, es de augusta tranquilidad. La tranquilidad serena de las cosas muertas, contribuyendo a ello el ingente acantilado frente al mar desierto y cuyo oleaje, desde esta gran altura, no se percibe. No es la impresión de los cráteres de escorias y lavas que llevan a la imaginación la idea de erupciones, paroxismos y agitación. Aquí todo respira silencio, tranquilidad, melancolía y tristeza desde este monte pelado, desde el que se domina la isla solitaria, sin árboles, matorrales, ni vegetación apreciable, sin arroyos ni nada que suponga movimiento y vida, extendiéndose la vista sobre el dilatado azul del mar que, desde lo alto, aparece sin olas ni movimiento, no animado por ningún penacho de humo, ni ninguna blanca vela. Alejado de mis compañeros y solo en el borde del gran volcán muerto y ante el sereno mar, sentí la augusta calma de la naturaleza con una intensidad como nunca espero volver a sentir (2002: 289).

3.4. Roque del Este

El Roque del Este es, en efecto, un puro peñasco surgido del mar a unos 11 km de la parte noreste de Lanzarote (el punto más cercano es Órsola), con apenas 0'07 km² y con dos picachos en sus extremos, el mayor de los cuales, en forma de espadaña y llamado por ello El Campanario, se yergue hasta 84 m de altura. El topónimo *Roque del Este* es también antiguo: en el *Libro del Conosçimiento*, de mediados del siglo XIV, se le denomina *Racham*, pero ya el autor portugués Valentim Fernández, a comienzos del siglo XVI, lo cita con el nombre que en la actualidad tiene. En la cartografía aparece por vez primera en los mapas de Íñigo de Briçuela y Próspero Casola (1635) y de P.A. del Castillo (1686), y posteriormente en el de Antonio Riviere (1741), siempre con este único nombre. Alguna cita hemos encontrado, sin embargo, en que su escritura varía, aunque creemos que más por un problema de lectura que de su verdadera denominación, como es el caso de Antonio Porlier y Sopranis, quien en su «Disertación histórica sobre quienes fueron los primeros pobladores de las Islas Afortunadas», leída en la Real Academia de la Historia de Madrid en 1753, lo cita como *Rocha*.

3.5. Roque del Oeste

Finalmente, el Roque del Oeste es el más pequeño de todos los «islotes», tiene forma piramidal, algo alargado de norte a sur, con 0'06 km² y una altura máxima de 41 m. La denominación de *Roque del Oeste* es relativamente moderna: lo adquiere con relación al otro *Roque* que queda al este de Lanzarote. En la cartografía más antigua, el nombre con que generalmente aparece es el de *Roquete* (así en el mapa de Antonio Riviere, 1741), y ese es justamente el nombre con que popularmente se le denomina desde Lanzarote. También recibió en la cartografía antigua (y sigue recibéndolo en algunas modernas) el nombre de *Roque del Infierno*, sin duda, por su aspecto inhóspito y de color negro; por ejemplo, en los apuntes que el gran naturalista Alejandro Humboldt hizo de su viaje por las islas Canarias, camino de

América, dice literalmente: «Puede suponerse que la roca del Infierno, que los mapas más recientes llaman Roque del Oeste, ha sido levantada por fuego volcánico (1995: 74), pero este no es nombre popular tradicional.